

# Subsidios e inversiones

Desde ayer, ciertos productos alimenticios han subido de precios en el mercado nacional. Este hecho, naturalmente, aparece como ingrato ante las grandes masas populares que son las que verán afectada, aunque en magnitudes no graves, su economía familiar. Sin embargo, es menester insistir en varios aspectos sustantivos a este respecto.

En primer lugar, a nadie escapa el hecho concreto e incontrovertible de que la escasez mundial de alimentos es un fenómeno que afecta a todos los países del globo. Todos los días, los medios de comunicación dan cuenta de la inflación que azota a los más diversos países y del alza constante del costo de vida en todas las economías nacionales. Este hecho se debe, en parte fundamental, a que la producción mundial de alimentos es abismalmente insuficiente para satisfacer las necesidades, lo que origina que los precios internacionales de estos productos sean cada vez mayores. Siendo así, nuestro país no podía escapar a los efectos de tal situación, mucho más teniendo en cuenta que tenemos que importar cantidades sustanciales de productos alimenticios básicos.

Hasta hoy, el Perú había mantenido intocada en lo fundamental su estructura interna de precios. Ello se debió a una buena política económica y a la decisión gubernamental de asumir los mayores costos internacionales de los productos importados, mediante un subsidio económico. Es decir, que comprábamos en el mercado internacional a un precio muy superior al que pagaba el pueblo peruano por esos productos. La diferencia era asumida por el Estado. Esta política de eminente sentido social tiene, sin embargo, límites insalvables. Nuestro país se encuentra abocado a una gigantesca tarea por conseguir un desarrollo económico-social que permita una vida digna para todos los peruanos.

El éxito de esta política es vital para el futuro del Perú. Por ello, es preciso que no se detenga nuestro hasta hoy satisfactorio proceso de desarrollo. En esta perspectiva, el Gobierno tenía ante sí la disyuntiva de optar por una política de seguir absorbiendo los mayores precios internacionales, a cambio de sacrificar importantes planes de desarrollo, o trasladar una pequeña proporción de los mayores costos a los consumidores para no descuidar las inversiones reproductivas que nos darán a mediano plazo una real capacidad de responder satisfactoriamente a la crisis económica generalizada que se avecina. En este sentido, la decisión del Gobierno aparece como la más razonable.

correo nueva era

SU DIARIO DE LA MAÑANA

## Releyendo "El Avaro"

/ MANUEL SUAREZ—MIRAVAL

La literatura era entonces, para nosotros, una isla. Eran los tiempos de nuestro descubrimiento personal de autores latinoamericanos de los que nadie hablaba en Lima todavía: Borges, Cortázar, Arreola, Paz y también Arit, Rulfo, Onetti," dice Abelardo Oquendo en una "Nota Preliminar" a la reciente edición de *El Avaro y otros textos* (Instituto Nacional de Cultura, Lima, octubre de 1974, 86 pp.). Efectivamente, eran pocos, muy pocos, quienes habían leído, conocido u oído hablar de esos y otros autores. Pero eran algo más de lo que supone Abelardo; entre otras cosas, porque no todos escriben de lo que leen.

En 1955 salió, casi un opúsculo, apenas una "plquette", ese texto extraño, inopinado y solitario de *El Avaro*. No había antecedentes entre nosotros de esa ruta que, tal vez primero entre primeros, señaló Jorge Luis Borges a la literatura latinoamericana. No se había registrado esa economía de medios expresivos, esa voluntaria y hasta suicida parquedad comunicante, esa mutilación del discurso que obliga al lector a "participar" en las suplicas del texto. Nuestras prosas mejores hasta entonces seguían siendo los deliquios manipulados en *La Casa de cartón* y un consuetudinario barroquismo verbal en el que había espigado, con elegancia y cauto oído, Raúl Porras Barrenechea. Por eso fue extraño leer en tan pocas páginas de Loayza algunas búsquedas en el oficio de escribir.

En su envidiable corta extensión, se agrupa en este volumen cuatro etapas o ejercicios de Luis Loayza: *El Avaro* (Lima, 1955; Las Palmas, 1970), *Griegos* (cuyo fragmento "Creonte" es de 1959), *Vocabulario y otros textos* (parte publicada en 1955) y *Retrato de Garcilaso* (Lima, 1958). A manera de un ingreso a la literatura fantástica, *El Avaro* ofrece en nueve instantes un juego narrativo. Se condensan en él las nutridas influencias, desde la del Nietzsche de *Así hablaba Zarathustra* a los versículos del *Antiguo Testamento*, las maneras ético-filosófico-religiosas orientales y un pendulante y persistente silabeo helénico. Escrito como un texto añejo de sabiduría, nada de lo que sucede escapa a su descripción, juicio o constancia aseverativa. Y en todo ello, no es ocioso reiterarlo, campea ese placer lúdico de la prosa por sí misma, con su valer autónomo, recuperando el "peso" de las sílabas y la "cantidad" o "duración" de los fonemas o sonidos: "Un día morirás desangrado como un a-

nimal salvaje, me han dicho mis hermanos. O quizá vuelva a la ciudad para no irme más y tomé como mujer a la muchacha color de espiga que sonríe cuando me mira. Está bien. No habré perdido mis años contando monedas, inclinado sobre escrituras, escuchando palabras inútiles".

Una de las lecciones borgianas (y que, a su vez, tomó de escritores sajones y germanos) es la simple alusión, la leve marca de identidad. Estilística mente, se da en el uso del adjetivo genérico. Y por eso el maestro enseña "anudando silogismos inolvidables", se camina mejor en el bosque "cantando cual quiere cancioncilla", acompañado, además, por "amigos invisibles", o, al borde de la muerte (todo éxodo lo es), se canta "hasta desfallecer los himnos de música poderosa". También se da con los complementos nominales o las comparaciones de fuerte raigambre poética: "Su olor es consistente, como un cuerpo de mujer yaciendo sobre las corolas" (Manuel Scorza, en su bello poema *Litoral de olvido*, ya había hablado de esa mujer tan dulce "que al sonreír sus huesos eran fluviales"), o la descripción realista y, sin embargo, lírica: "Pero en vejezco, toso, los alimentos me repiten en la boca su materia agria".

*Griegos* es una calistenia de estilo helénico. Un ejercitar con precisión, metisimo y rigurosa técnica las maneras homéricas del lenguaje descriptivo. En esos como tensores gramaticales se dan hallazgos limpios: "Hieren a Piroo en mitad del pecho, mientras retrocede. La lanza se fija en los pulmones, tiembla la vara en el aire. Cobran la lanza, le abren el vientre de un ancho tajo". Pero no está ahí todo el logro creador. La veta de fino humorismo, ese rasgo socarrón del soldado cobarde, vividor, supersticioso, el que aprovecha lo único que sabe: vivir a costa de otros y sin arriesgar jamás, se da en *El compañero*, como una fresca y vivida estampa de la antigüedad. Siempre en la intemporalidad, tan necesaria para crear esa atmósfera imprecisa de los ambientes indefinidos y que pueden evocar cualquier instante, un compañero del legendario Ulises rememora: "Al caer la tarde venía del mar una brisa que te despertaba de la siesta y era el momento de encender un cigarrillo y conversar y hacer recuerdos de la guerra. El relato es muy jocoso. Cuando el protagonista rezonga sus creencias: "Nada tendría de raro lo de Aquiles pues los jefes, quién más quién menos, tienen por antepasa-

do a un dios o una diosa, cuando no al mismísimo Zeus (que nos guarde en la palma de su mano, como decía otro amigo mío)" o cuando pone en solfa las hañas odiseicas: "Entre nosotros, me parece que en eso de orientarse Ulises sabía tanto como yo: mucho mirar el sol y las estrellas, mucho mojarse el dedo y levantarlo para conocer el viento y luego partíamos cada vez en la mala dirección: que vengan a decirme que era cosa de los dioses enojados", o re sumiendo todas las fatigas: "O el remo lino aquel: a quién se le ocurre pasar tan cerca de un remolino. O el volcán. ¿Dónde está el lobo en cuya boca no nos metiéramos?", siempre la narración es graciosamente mantenida. Sólo que este casi logrado relato tiene un *lapsus memoriae*: no hubo cigarrillos ni cigarreros que fumar hasta que los conquistas españolas descubrieron que los indios de este Continente usaban "unas hojas para humar". Y esto fue en las postrimerias del siglo XV. Y Homero, si atendemos a Herodoto que le considera ha 400 años anterior a él, es del 850 a.C. Por tanto, más de dos mil trescientos años de error histórico o de salto literario, sólo desembocan en un logrado anacronismo.

El juego se da en *Vocabulario y otros textos*. Hay pinceladas tenues de surrealismo, o de esas travesuras a las que André Breton era tan adicto: "En alto y un poco hacia la derecha se ven claramente al decir milagro grandes rombos de cristal. Curiosamente, al repetir dos veces la palabra (milagro milagro). Los rombos se agitan y se golpean con un tintineo inaudible". En cambio, la inmersión severa y grata, ese buceo en las raíces caudales y en el quechacer primigenio se da en la bella, arquitectónica y sutil remembranza del Inca Garcilaso. Hay un texto en el trasfondo: el trabajo de Porras Barrenechea sobre *Garcilaso en Montilla*, en torno a él se teje gran parte de lo reconstruido, de lo imaginado, de lo reevocado por el gran prosista, y en esta parte gran poeta, que es Luis Loayza: "Garcilaso oye también estas historias que conservan intacto el heroísmo en la mirada y en el brazo que gira ampliamente en el aire para describirle un buen golpe. En sus sueños hay un galope de caballos en las márgenes de una laguna y los cascos alteran el dulce orden del agua; hay un rostro parecido al de su madre mirando con grandes ojos inmóviles".

Y uno piensa al leer estos párrafos que esos ojos son los del Perú.

